

Martina y la carta del monje Yukio

Alejandra Jaramillo Morales

Ilustraciones de Carlos Manuel Díaz Consuegra



loqueleg®

*A Matías y Libertad,
con mi amor agradecido*

*A Ted Henken,
porque en su apartamento
en Nueva York imaginé
esta historia*

La carta del monje Yukio me tomó por sorpresa. Nunca me imaginé que de tanto ansiar que me llegara una carta se produciría el milagro. Yo esperaba una carta de mamá, que ella un día sintiera ganas de escribirme en papel y no en la pantalla del computador. Desde que llegué a Nueva York a finales de diciembre, con el único fin de hacerle una visita a papá, me fascinó que todos los días llegaban cartas al correo. Cartas y más cartas, revistas con



anuncios de ropa, música, libros y cuanto objeto uno se pueda imaginar. De la gran ciudad, y eso lo puedo decir con certeza, lo que más me había gustado era eso, la caja del correo, la llavecita con que papá me enseñó a abrirla y esa suerte de encontrar algo cada día. Que papá viviera en Nueva York no era importante para mí, de todas maneras vivía en Estados Unidos, lejos, muy lejos, y eso era suficiente para que me llenara de intrigas. Pero de eso no hablemos ahora, de esos sueños que yo me hice durante los muchísimos años que no vi a papá. Bueno, de los cinco años calendario, en ese tiempo de los papás que confían en los números exactos para medir lo que no se puede medir.

Todo lo que me rodeaba era distinto. Bueno, un poco distinto; la vida era igual pero con objetos, palabras y olores diferentes. En Nueva York desayunábamos, almorzábamos y comíamos. Nos bañamos todos los días —a veces no en el invierno porque el frío es tan tremendo que el cuerpo parece perder por completo el sudor—. Salíamos al parque y veíamos mucha televisión, más de la que mamá me dejaba ver en Bogotá. Pero claro, todo eso que parecía igual era muy diferente, los



edificios viejos y altísimos, tanto que a veces me preguntaba cómo podía el oxígeno escurrirse entre tantos ladrillos y alcanzarnos, a nosotros, tan pequeñitos acá abajo. Los árboles pelados, bueno, no todos, porque algunos árboles no pierden sus hojas, pese a mi idea de que el invierno era un conjunto infinito de chamizos. La gente vestida con ropas que yo no había visto y papá ya no era alegre como antes. Pero, de todas maneras, mientras yo me trataba de acomodar a ese extraño desfase entre lo igual y lo diferente, a esa grieta donde el mundo parecía burlarse de mí por su aparente familiaridad siempre disfrazada, apareció el monje Yukio. Aunque cuando lo pienso, que él me escribiera una carta no debía de ser tan raro. Él era tan extraño que seguro podía ser el último de los seres que se sentara a escribir una carta en papel en vez de usar el computador. El monje Yukio lo hacía todo diferente. En días de invierno lo encontrábamos en el antejardín del edificio, al lado de las escaleras que suben al portón, en posturas de yoga, las más extrañas que yo he visto, y se quedaba quieto por horas en medio de ese frío, y, para completar, lo hacía en camisa de manga corta. Caminaba tan

despacio que la gente alrededor casi quería sacarlo de los andenes, por el afán con que viven acá. Tenía una planta, ahora sé que es un cerezo japonés, y lo ponía frente a la puerta de su apartamento, no al lado como hacen los demás; no, él lo ponía frente a su puerta, como si el cerezo estuviera golpeando para entrar. Por eso, que él me mandara una carta no era tan raro, pero en realidad sí lo era porque para mí fue una gran sorpresa ver mi nombre escrito en tinta negra, con esas letras que parecían más bien caracteres orientales, en un sobre blanco y el nombre completo del monje y las direcciones de los dos, que solo se diferenciaban por el número del apartamento. ¿Qué podría escribirme?

13



ΠΑΡΑ

